



LA NARRADORA

AUTORA BEST SELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

TRACI CHEE

GRANTRAVESÍA

LA NARRADORA

GRANTRAVESÍA

TRACI CHEE

LA
NARRADORA

Traducción de
Mercedes Guhl

GRANTRAVESÍA

ESTO ES UN LIBRO.

BUSCA EN TU MENTE AL LEER Y SEGURO QUE DESCUBRIRÁS EL ENIGMA OCULTO.

OBSERVA BIEN Y DIVIÉRTETE.

Ésta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y sucesos son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente fortuito.

LA NARRADORA

Título original: *The Storyteller*

© 2018, Traci Chee

Traducción: Mercedes Guhl

Imagen de portada: © 2018, Yohey Horishita

Fotografía de la joven: © Nabi Tang

Diseño de portada: Kristin Smith-Boyle

Mapas e ilustraciones de interiores: © 2016, Ian Schoenherr

Elementos fotográficos (o imágenes): cortesía de Shutterstock

D.R. © 2019, Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

D. R. © 2019, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Homero 1500 - 402, Col. Polanco

Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2019

ISBN: 978-84-120304-0-2

Depósito legal: B-18827-2019

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España / *Printed in Spain*

*Para papá,
confío en que estarías orgulloso de mí*



Océano
SEPTENTRIONAL



Océano
DE RIPERIN

al confín OCCIDENTAL



SHINJAI

KEN

ALISSAR
CENTRO

TIERRA
CORABELINA

ESTRECHO CALIDIANO
JAHARA



MAR
DE SIAMET

PARANA

KIMBA

OLOIN

Epidram

MAR
CENTRAL

DANIVAR

VESPER

La Corona Rota

KIBANA

ORONTE

YARAME



ROKU

ÍNSULAS
HERMANAS
y otras islas

La Perla Abandonada



OXSCINI

Océano
MERIDIONAL

al HIELO ETERNO





Una vez



Érase una vez, pero no siempre será. Éste es el final de toda historia.

Érase una vez un mundo llamado Kelanna, un lugar maravilloso y terrible, de agua, barcos y magia. La gente de Kelanna era igual a ti en muchos aspectos. Hablaban, trabajaban, amaban y morían, pero eran muy diferentes respecto a algo muy importante: no sabían leer. Jamás desarrollaron la escritura, nunca habían inscrito los nombres de sus muertos en piedra ni en bronce. Los recordaban por medio de sus voces y sus cuerpos, repitiendo nombres y hazañas y arrebatos de amor, con la desesperada ilusión de que así los muertos no desaparecerían por completo del mundo.

Porque cuando uno moría en Kelanna, cuando los ritmos del corazón y los pulmones vacilaban y se detenían del todo, uno ya se había ido. Lo ponían en una balsa, sobre una pila de troncos y piezas de carbón, astillas y ramas secas, y lo enviaban ardiendo hacia el mar.

Y ése era el final. En Kelanna no creían en almas ni en espectros ni en espíritus que caminaran junto al finado, después de que un amigo, una hermana o un padre hubieran muerto. No creían que uno pudiera recibir mensajes de los difuntos, pues éstos no eran capaces de hablar. Los muertos simplemente dejaban de existir.

Salvo en las historias.

En Kelanna, toda vida era una historia, un relato para ser recordado y repetido.

Algunas no tenían gran alcance. Existían sólo en una familia o en una comunidad reducida de creyentes, que las contaban entre susurros para que sus seres queridos no cayeran en el olvido.

Otras eran tan poderosas que llegaban a cambiar la manera de ver el mundo.

Érase una vez una lectora, la hija de una asesina y del hechicero más poderoso que el mundo hubiera conocido en muchos años, y crecería para superarlos a ambos en grandeza.

Sería aún muy niña, apenas de cinco años, a la muerte de su madre, y tan sólo nueve para el asesinato de su padre, y su infancia estaría teñida de violencia. Crecería hasta convertirse en una fuerza formidable en medio de un mundo también formidable, y un día llegaría a ser la responsable de cambiar el rumbo de la guerra más mortífera que se hubiera visto en Kelanna. Derribaría a sus enemigos con un simple movimiento de mano. Vería hombres ardiendo en el mar.

Y llegaría a perderlo todo.

A sus padres, a sus amigos, a sus aliados.

Al joven que amaba.

Érase una vez un muchacho con una cicatriz en el cuello, como una gargantilla. Llegaría a comandar un ejército tan grandioso que segaría a cualquier enemigo que se cruzara en su camino. Sería incontenible, y lle-

garía a conquistar las Cinco Islas en un sangriento enfrentamiento conocido como la Guerra Roja.

Sería todavía joven cuando esto sucediera, y moriría poco después de su última campaña... en soledad.

Érase una vez un narrador de historias, un forajido de dientes rotos, que insistía en que haría cualquier cosa con tal de figurar en una historia de tanta grandeza y alcance. Pero después de la Guerra Roja, se arrepentiría de cada palabra que había pronunciado.



Suave y fina como una tela de araña,
resistente como el hierro

Sefia se enderezó en medio de la oscuridad de la enfermedad, sobresaltada por un sueño que no recordaba del todo.

El barco se mecía y se sacudía, y los frascos de ungüentos y las botellas de tónicos chocaban entre sí en las estanterías. Afuera, la lluvia salpicaba los portillos y difuminaba la vista de las olas, tan altas como colinas.

Una tormenta. Debían haberla alcanzado durante la noche.

Sefia se estremeció y plegó las rodillas contra su pecho. En los cuatro días transcurridos desde que habían llegado al *Corriente de fe*, había tenido el mismo sueño una y otra vez. Se encontraba de vuelta en la casa de la colina y, desde la habitación secreta del sótano donde se guardaba el Libro, se colaba tinta, inundándolo todo, y las oscuras olas se extendían por el suelo para agarrarlos por los tobillos y arrastrarse por las pantorrillas. En su sueño, Lon y Mareah la rescataban, la lanzaban fuera por la puerta. Pero siempre tardaban demasiado en salvarse ellos, para lograr escapar del pozo de tinta que crecía y los arrastraba hacia las negras profundidades mientras gritaban.

El destino. Sus padres habían estado destinados a morir jóvenes, y su futuro había quedado registrado en el Libro con

todo lo que había sido y llegaría a ser, desde el aleteo de una libélula hasta el fulgor de las estrellas.

En alguna parte del Libro figuraba el pasaje en el cual su madre había enfermado.

En otra, los párrafos que describían la tortura a la que había sido sometido su padre.

Todo eso había sido escrito, de manera que terminaría por suceder.

Pero se habían resistido a que fuera así. Habían traicionado a la Guardia, la sociedad secreta de lectores a la cual habían jurado fidelidad absoluta. Habían hurtado el Libro, el arma más poderosa de la Guardia, para proteger a su hija de su propio futuro. Habían huido.

Al final habían sido derrotados, pero se habían resistido.

De la misma manera en que Sefia debía resistir y luchar ahora. Luchar y ganar porque, de lo contrario, perdería a Archer a manos del destino.

Él se encontraba a su lado, acurrucado bajo las sábanas, con el cabello revuelto, los dedos estremeciéndose en su sueño. Siempre dormía muy poco... pues el recuerdo de las personas que había matado lo acosaba.

Se sentía roto, le había dicho. Todo el tiempo se sentía el mismo muchacho de pueblo que había sido antes de que los inscriptores de la Guardia lo raptaran y, a la vez, un animal, una víctima, un asesino, tan ruidoso como el trueno, el chico de las leyendas, con una sed de sangre insaciable.

Un relámpago iluminó el horizonte, un estallido de venas en el cielo inquieto.

Como si reaccionara a eso, el cuerpo de Archer sufrió un espasmo, y su boca dejó escapar un jadeo.

Sefia se alejó un poco.

—Todo va bien, Archer. Estás a salvo.

Abrió los ojos. Por un momento pareció tener dificultades para salir de su sueño, como si le costara reconocer quién era y dónde se encontraba.

Pero ese instante pasaría. Como siempre. Y entonces...

La sonrisa. Ésa que se explayaba en su rostro como el amanecer que se extiende con rapidez sobre el agua: sus labios, sus mejillas, sus ojos dorados. Cada vez era como si viera a Sefia por primera vez, y su expresión se empapaba a tal punto de esperanza que ella anhelaba ver eso mismo una y otra vez, el resto de sus días.

Durante un instante, la tormenta cesó. Durante un instante, el barco quedó inmóvil. Durante un instante, el mundo entero de Sefia se transformó en algo luminoso, suave y tibio.

—Sefia —murmuró él, colocándole un mechón pelo detrás de la oreja.

Ella se inclinó, atraída como un colibrí a una flor, y su boca se plantó suavemente en la de él.

Archer se entregó al beso, respondiendo a los labios de ella y a sus manos que no se quedaban quietas, como si su contacto fuera mágico y lo hiciera gemir y arquearse y anhelar más.

Entrelazó los dedos en el cabello de Sefia, como si necesitara tenerla más cerca, como si nunca se saciara de ella, pero al intentar enderezarse, gimió de dolor y se llevó la mano al costado malherido.

—Lo siento —dijo ella.

—No lo sientas —sonrió, apoyado en sus codos—. Yo no me arrepiento.

Las mejillas de Sefia se sonrojaron cuando apartó la sábana para examinar los vendajes. La doctora ya había

cosido los puntos y vendado la herida dos veces: primero cuando llegaron, con Archer semiinconsciente, con el corte abierto y aterradoramente profundo debajo de las costillas; luego, cuando Archer había desgarrado la sutura al querer ayudar a Cooky a lanzar un cubo con cáscaras de patata por la borda. Sefia no quería imaginar las recriminaciones si la doctora tenía que volver a suturar los puntos.

—Estoy bien —aseguró Archer, tratando de alejarla.

—Estuviste al borde de la muerte.

—Sólo al borde —se encogió de hombros. Le había explicado la pelea con Serakeen, en la que había percibido olor a pólvora y sangre. Un golpe de magia que había barrido a los lugartenientes de Archer, Aljan y Frey, hacia el muro del callejón antes de dejarlos caer, inconscientes, sobre los guijarros. La resistencia que había opuesto el hueso cuando Archer le cortó la mano de un tajo a Serakeen a la altura de la muñeca.

—Debí estar allí —dijo Sefia, y no era la primera vez que lo decía. Si hubiera estado, lo habría protegido. Ella conocía la misma magia que Serakeen, la que la Guardia llamaba Iluminación, y quizás habría podido enfrentarse a él en una pelea. *Al fin y al cabo, pensó amargamente, soy la hija de una asesina y del hechicero más poderoso que el mundo haya visto en muchos años.*

No, no quería creer en ese futuro. No se convertiría en un arma en una guerra por el control de las Cinco Islas. No tenía intención de perder a Archer, el muchacho al que amaba.

—Estás aquí ahora. Eso es lo que importa —dijo él en voz baja—. Sin ti, seríamos incapaces de rescatar a Frey y a Aljan.

Sus Sangradores, sus amigos, lo habían seguido a la pelea con Serakeen, y éste todavía los mantenía cautivos. El apren-

diz de Soldado de la Guardia, que los padres de Sefia conocían como Rajar, había sido hacía un tiempo amigo y colaborador de Lon y Mareah. Todos ellos habían orquestado la guerra que supuestamente cobraría la vida de Archer.

¿Cuántos errores de sus padres tendría que rectificar Sefia? Los había amado, ¡pero habían dejado tantos entuertos a su paso!

—Frey y Aljan estarán bien —dijo.

—¿De verdad lo crees?

Ella recorrió el brazo de Archer con sus dedos, por encima de las quince quemaduras que marcaban sus muertes en los ruedos de lucha de los inscriptores, y le cogió la mano.

—Sí —afirmó.

El plan era volver con los Sangradores, organizar un rescate y encontrarse de nuevo con el *Corriente de fe* en Haven, una isla en una zona remota del Mar Central... uno de esos lugares a los que uno sólo podía llegar si se le indicaba cómo hacerlo. Reed había montado ese refugio meses atrás para acoger a forajidos que huían de la guerra. Si Sefia y Archer llegaban allí con los Sangradores, tendrían un lugar para esperar a que el combate, y también el destino, pasaran de largo. Si llegaban a Haven, Archer viviría.

Pero antes necesitaban el Libro. Sefia no podía Teletransportarse hacia los Sangradores sin tener una idea clara de dónde estaban, y sólo el Libro, con sus infinitas páginas de historia, podía proporcionarle esa información.

Lo había escondido en el lugar más seguro que se le había ocurrido: el puesto de mensajeros de Jahara. El gremio de los mensajeros lidiaba con todo tipo de secretos, desde delicados paquetes hasta información que incriminaba a otras personas, y jamás habían defraudado la confianza de nadie. Eran

respetados y poderosos, y mientras el Libro estuviera en sus manos, nadie lo tocaría.

Ni siquiera la Guardia, esperaba ella.

El *Corriente de fe* iba de camino a Jahara, sólo restaban unos pocos días de viaje. Pronto tendría el Libro, y sería capaz de encontrar a los Sangradores y de organizar un rescate. Unos cuantos días. Frey y Aljan sólo debían resistir unos días más.

Archer llevó la mano de Sefia a sus labios.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Es algo que ya nunca tendrás que averiguar —lo besó de nuevo, y ese beso fue una promesa de vientos huracanados y mar abierto; de tenderse con las piernas entrelazadas en una playa de arena blanca con sólo el firmamento por techo; de días plácidos y aliento cálido y piel húmeda y años enriquecidos como el vino e inconmensurables como el mar.

Cuando se apartó, tuvo la satisfacción de ver sus ojos dorados cargados de deseo, con un “sí”, se pasó la lengua por los labios, “para siempre”, y la acercó de nuevo a él.

—Lo lamentarás si te desgarras los puntos.

—Si eso sucede, se habrán roto haciendo lo que más deseo, habrá valido la pena —tiró de ella hacia la cama, a su lado, ahogando su risa con besos hasta el delirio.

Y entonces sonó la alarma.

Archer gruñó y se recostó de lado, aprisionando a Sefia entre la mampara y su cuerpo.

—Es la campana, todo el que la escuche debe acudir, manos a la obra.

Él acarició su cuello.

—Estoy herido, ¿recuerdas?

—¡Pero yo no!

Antes de que Archer pudiera responder, la puerta se abrió y Sefia soltó un chillido cuando Marmalade, que ahora encabezaba los cantos del turno de babor, asomó la cabeza en la enfermería. Tenía puesto el impermeable, y la capucha echada sobre su cabello color miel.

—¡Eh! —gritó cuando vio a Sefia mirando por encima del hombro desnudo de Archer—. ¡Dejad esas cosas para otro momento!

—¡Eso es lo que pretendo! —contestó ella, haciéndole un gesto a Archer, quien se limitó a sonreír descaradamente.

Marmalade puso los ojos en blanco. Se habían hecho amigos jugando a la Nave de los necios con Horse y Meeks, y la chica los había desplumado una vez tras otra, a todos menos a Archer.

—Bueno, bueno, ya me levanto.

—¡Oh! Archer... —dijo la marinera, con la mirada vagando por el cuerpo del muchacho, de su pecho a su cintura, hasta las caderas y la cinturilla del pantalón del pijama—. ¡Qué bello!

Sefia le lanzó una almohada, y Marmalade la esquivó, volvió al pasillo y cerró la puerta, entre risotadas.

Mientras Sefia se revolvía entre las sábanas, buscando su ropa, Archer la imitó.

—Estás herido, ¿recuerdas? —dijo, con un dejo sarcástico.

—No lo estoy —embutió los pies en las perneras de los pantalones y soltó un respingo cuando sintió el dolor al moverse—. Al menos, no tanto para quedarme aquí.

—Claro que no —Sefia parpadeó, invocando su magia y, al instante, el cuerpo de Archer, la cama, las mamparas desgastadas de la enfermería, e incluso los portillos y la mar

gruesa que se veía a través de ellos, quedaron cubiertos por espirales doradas en flujo continuo.

El Mundo Iluminado.

Si el Libro era un compendio escrito del pasado, el presente y el futuro, el Mundo Iluminado era la encarnación viva de éste: un océano de luz y movimiento que subyacía al mundo de las texturas, los olores y los sabores. Con suficiente tiempo y entrenamiento, los Iluminadores como Sefia podían traspasar las manchas rutilantes para ver sucesos del pasado o mover objetos por el aire.

Una vez, hacía mucho tiempo, el más especial de los talentos permitía reescribir el mundo mismo. Pero a pesar de las destrezas de Sefia, eso era algo que estaba más allá de su poder.

Encogió los dedos alrededor de las finas hebras de oro, y las fibras del Mundo Iluminado se llenaron de ondas y curvas que cayeron sobre Archer y lo empujaron suavemente de nuevo a la cama.

—¡Ay! —gritó.

De paso, le echó una manta por encima de la cabeza.

—Aquí te quedas —se arrebujó en su impermeable, miró hacia arriba y abrió los brazos. Bajo sus manos, las ondas de luz se separaron como si fueran cortinas. Los detalles del lugar en el que se encontraba quedaron atrás cuando usó su magia para ver más allá, a través del techo hacia la cubierta principal, donde los forajidos corrían de un lado a otro, el diluvio caía del cielo y las velas aleteaban enloquecidas en medio de la tormenta. Pero no hizo caso a eso. Para Teletransportarse necesitaba localizar un lugar que le resultara tan conocido como si lo tuviera grabado a fuego en la memoria.

Ah, sí, allí estaba: el borde del alcázar, donde solía sentarse a leer el Libro en su primer viaje en el *Corriente de fe*.

Con esa imagen fija en su mente, movió las manos y se transportó a través del Mundo Iluminado, fuera de la enfermería, a través de los maderos del barco para aparecer en la cubierta, con la lluvia sobre el rostro y los pies resbalando en las planchas mojadas.

Marmalade la cogió por el brazo:

—Te mereces un siete sobre diez por esa entrada —dijo.

—Necesito mejorar el momento de tocar el suelo de nuevo —Sefia parpadeó para despejar el mundo de luz de su vista, y quedó a oscuras en medio de la tormenta con los demás marineros. Por encima de sus cabezas, largos chorros de agua escurrían de las velas, como carámbanos de hielo.

La campana paró cuando el capitán Reed apareció en el puente, y se veía tan indómito como el mar, con los faldones de su abrigo revoloteando tras de sí y los ojos como zafiros destellando bajo la sombra de su sombrero de ala ancha. Para marcar mejor su entrada, un relámpago hirió las nubes a sus espaldas y crepitó al disiparse.

—Diez sobre diez, por el espectáculo de luces tan dramático —murmuró Sefia.

Marmalade soltó una carcajada, que ahogó cuando el primer oficial la fulminó con la mirada de sus ojos grises y apagados.

—Percibí este naufragio en las aguas durante la noche —comenzó el capitán con su voz curtida por la intemperie—. Pensé que serían forajidos, así que nos acercamos para averiguar.

Según la leyenda, el capitán Reed era el único hombre en el mundo capaz de hablar con las aguas, que le contaban todo tipo de cosas sobre las mareas, las corrientes, las criaturas del fondo abismal. Algunos decían que incluso habían llegado a contarle cómo moriría: con un último aliento de aire marino,

una pistola negra en su mano y un diente de león blanco flotando sobre el puente.

Sefia miró por encima de la borda. El mar estaba lleno de cajones y barriles despedazados, vacíos, retazos de velamen y cadáveres, cuyo cabello se mecía alrededor de sus cabezas como algas. En las aguas oscuras, los uniformes rojos se veían del mismo tono amoratado que los vendajes manchados de Archer. En medio del naufragio había dos botes salvavidas atestados de supervivientes.

Casacas Rojas, los soldados de la armada de Oxscini... había Casacas Rojas en las aguas.

Una vez, agazapada en los límites del bosque con su tía Nin, Sefia había temido a los soldados de la Armada Roja. Pero eso había sido cuando no podía imaginar algo peor que ser aprendida por las autoridades. Ahora sabía que en el mundo había cosas peores que los Casacas Rojas... Serakeen, la Guardia, la guerra.

—No serán forajidos —continuó Reed—, pero no vamos a dejarlos aquí esperando a su muerte.

—¿Y qué hay del *Crux*? —preguntó alguien.

Sefia miró alrededor, pero no había ni rastro del gran barco pirata dorado que los había estado acompañando.

—El *Crux* siguió hacia Jahara para hacer todos los arreglos de aprovisionamiento —respondió el capitán Reed. Y luego, con un ademán de la cabeza, soltó sus órdenes—: A ver, id a hacer algo de provecho allá abajo.

No hubo vivas ni coro de aclamaciones, pero Sefia sintió una oleada de determinación que corrió entre todos a medida que Meeks y el primer oficial empezaron a mandar a la tripulación a los botes salvavidas.

Ella misma acabó en el primer bote, junto con Reed y la doctora. El remo se sentía resbaloso entre sus manos, a me-

dida que las olas hacían chocar los cadáveres contra el casco de la embarcación.

Hubiera querido Teletransportarse, habría tomado menos tiempo. Pero necesitaba un referente claro para hacerlo, un recuerdo detallado o una vista despejada, y no podía ver entre la lluvia y las olas para hacerse una idea definida de lo que tenían delante.

Al acercarse, uno de los Casacas Rojas le lanzó un cabo y ella tiró y tiró hasta que ambos botes quedaron enlazados. La doctora apartó a Sefia con brusquedad y abordó el otro bote, repleto de heridos, junto con su maletín negro.

Los soldados de la Armada Roja estaban malheridos y mojados, el olor a enfermedad se adhería a ellos como un hongo. Debían llevar ya varios días a la deriva.

—¡Por todas las sentinas inundadas! —exclamó el que había arrojado el cabo—. Tienes que ser la misma, ¿verdad?

Sorprendida, Sefia parpadeó para secarse las gotas de lluvia que se escurrían por sus pestañas. El soldado era uno de los jóvenes más guapos que hubiera visto, con esos ojos verdes, la mandíbula marcada, un mechón mojado que se encrespaba en medio de su frente. Sus rasgos eran tan bellos que bien hubiera podido superar a Scarza, el segundo al mando de Archer, con su cabellera plateada, si no fuera por la expresión estupefacta en su simétrico rostro.

—¿Nos conocemos? —preguntó ella dudosa. Estaba segura de que recordaría un rostro como ése.

Un chico de cabeza redonda y ojos estrechos apareció a su lado. Fue tan repentino, casi cómico, que ella por poco soltó una carcajada.

—No lo creo —respondió él—. Estabas inconsciente en ese momento.

—¿Que yo qué?

—Desmayada y perfectamente inconsciente —explicó el segundo muchacho con total naturalidad—, en el muelle del Jabalí Negro.

Sólo había estado en ese muelle, en la ciudad de Epidram, en la costa nororiental de Oxscini, una vez en su vida. Archer y ella se habían metido en una trampa. Hubo una pelea y ella había perdido el sentido. Después, él le contó que Reed y su gente habían aparecido para salvarlos. ¿Acaso estos Casacas Rojas también se encontraban allí?

—Suboficial —dijo el capitán detrás de ella.

Todavía sin salir de su asombro, Sefia lo vio estrechar la mano de ambos muchachos. Los caminos de todos debían haberse cruzado hacía tres meses, como estrellas fugaces en el cielo nocturno. ¡Qué casualidad que ahora se reencontraran!

Sólo que las casualidades no existían, como tanto les gustaba decir a los miembros de la Guardia.

Este encuentro no era una simple coincidencia, sino obra del destino, una red más suave y fina que una telaraña, pero resistente como el hierro, que los iba apresando a Archer y a ella más y más a cada instante.

—Ahora soy guardiamarina, capitán —dijo el primer Casaca Roja, arreglándose las mejillas para esbozar una sonrisa bajo la copiosa lluvia—. Guardiamarina Haldon Lac.



La segunda aventura de Haldon Lac

Desde que la gente tenía memoria, las Cinco Islas habían estado en guerra. Había combates entre provincias, alzamientos en las colonias. Hasta los reinos más estables tenían una larga historia de enemistades sangrientas y asesinatos políticos que agregaban interés a la monotonía de las crónicas más pastorales de tiempos de paz.

Para cualquier nacido en Oxscini con sangre en las venas y amante de una buena batalla, como el guardiamarina Haldon Lac, la guerra era fuente de orgullo. Ella traía gloria al Reino del Bosque y a su majestad la reina Heccata, y larga vida y reinado a esta soberana. Expansión, conflictos, rivalidades. Ésta había sido la forma de vida a través de más generaciones de las que alcanzaba a contar.

La guerra con el reino de Everica duraba ya cinco años, cuando el enemigo, el rey Darion Stonegold, hizo un movimiento sin precedentes: convenció a Liccaro, el débil y empobrecido reino justo al norte, a unirse a su gesta en contra de Oxscini. Convirtió una legión de forajidos en corsarios. Formó la Alianza, la primera unión entre reinos en toda la historia de Kelanna.

Para combatir la fuerza combinada de los dos reinos orientales, la reina Heccata había comisionado a una nueva

flota marina. La mayor parte del personal militar apostado en Epidram, al noroeste de Oxscini, había sido enviado al mar, y entre ellos se encontraban Haldon Lac, Indira Fox y Olly Hobs, un trío que se había hecho inseparable desde que casi lograran aprehender a Hatchet y sus inscriptores en el muelle del Jabalí Negro. Habían sido asignados a la fragata *Tragafuegos*, y su misión era peinar el Mar Central en busca de embarcaciones de la Alianza.

El día en que la flota dejó el puerto había sido el más feliz de toda la vida del ahora guardiamarina Lac. Hubo un desfile, y una multitud ondeó las banderas carmesí de Oxscini bordadas de dorado. Aunque su fragata se veía insignificante al lado de los navíos más grandes de la flotilla, Haldon Lac estaba seguro de jamás haber visto una nave más majestuosa que la *Tragafuegos*: su casco escarlata, las crujientes velas blancas, los cañones negros como el ébano. Hinchó el pecho mientras se inclinaba sobre la barandilla para mirar a los tristes jovencitos que les decían adiós mientras se alejaban hacia el oeste, rojo como la pasión.

Pero el resto de este primer viaje de Lac había estado lastimosamente por debajo de sus expectativas. Nadie les había hablado, por ejemplo, de la suciedad que encontrarían, del tedio con esos largos y fastidiosos turnos de guardia, interrumpidos de vez en cuando por la vista de una vela en el horizonte.

Ni tampoco les dijeron que cuando finalmente se divisaba un barco enemigo, la cacería podía llevar horas y, casi siempre, la presa podría escapar al caer la noche, al apagar todas sus lámparas para deslizarse sin ser vista en la oscuridad.

O tal vez sí les habían dicho algo al respecto, pero el guardiamarina Haldon Lac había decidido sólo prestar atención a las historias de grandes botines y magníficas batallas navales.

En cualquier caso, una noche Lac se despertó por culpa de la campana del barco. Habían estado siguiendo a una nave de la Alianza y, para su sorpresa, no había escapado por la noche. De hecho, la *Tragafuegos* prácticamente la había alcanzado.

Pronto estarían en posición de entrar en batalla.

La tripulación despejó el lugar donde habían estado sus hamacas y sus baúles, aseguraron los postigos de las troneras, desamarraron los grandes cañones de veinticuatro libras, y sacaron las cajas de munición. Mojaron el suelo para prevenir que una chispa pudiera encender los maderos cubiertos de brea y llenaron tinas con agua de mar para usarla en caso de incendio.

Lac daba saltitos mientras cumplía con sus tareas, intercambiando sonrisitas conspiradoras con Fox y Hobs, invadido por una mezcla chispeante de emoción y miedo. Esto era lo que había estado esperando: aventura, un objetivo, la gloria.

Fox y él estaban al mando de las cofas de artillería del palo trinquete y del mayor. Desde los tiempos en Epidram, Fox lo había alcanzado en rango, y ahora era la más eficiente de los guardiamarinas. Lac no tenía inconveniente en admitir que ella lo merecía. Trabajaba más que él. Era más rápida, más hábil y más valiente. Al paso que iba, rápidamente llegaría a ser teniente.

Lac la encontró al pie del palo mayor antes de que ella trepara a su puesto.

—¡Nuestro primer combate! —declaró él, a pesar de lo obvio que resultaba decirlo.

Fox le dio un golpecito en el hombro.

—No es el primero.

—¿Te refieres a esa emboscada fallida en el muelle del Jabalí Negro? —frotó el lugar donde había recibido una herida

de bala en aquel entonces, un logro de su ingenuo intento por aprehender a Hatchet y a su cuadrilla criminal—. Fui un tonto.

Ella le sonrió con esa sonrisa de coyote salvaje que él había llegado a adorar.

—Un tonto valiente, querrás decir. Es como la marca personal de tu audacia.

—¿Una marca personal de mi audacia? En realidad es el olor que emana de mí. Mi fragancia personal, más que mi marca.

Fox rio.

—Si salimos vivos de esta guerra, podrías venderlo embotellado. Podrás distinguir el aroma de cuellos almidonados y pólvora entre los componentes de esa fragancia.

—¿A qué te refieres con eso de “si salimos vivos”? —preguntó Lac.

A la escasa luz, los ojos grises de ella relampaguearon como un cuarzo ahumado, él la vio levantar una de sus cejas perfectas. A pesar de que no le gustaba admitirlo, esas cejas le producían envidia.

—Nunca se sabe —dijo ella.

La actividad en la cubierta fluía y se arremolinaba alrededor de ellos: el cascabeleo de los cañones que eran colocados en su lugar, el chasquido de las balas que se cargaban en las cámaras, el zumbido ansioso de las voces, las palabras de ánimo.

Con audacia, como un tonto, le puso la mano en un hombro.

—Esto sí lo sabemos. Tenemos la certeza.

—¿Qué dices?

—Somos los héroes, ¿no? —dijo, guiñando un ojo—. En las leyendas, los héroes siempre sobreviven.

—¡Pero qué tontería! —ella lo agarró del brazo—. Pero es una bonita tontería.

—Antes, una audacia tonta, y ahora un bonito comentario tonto... será otra variedad de mi fragancia personal.

Con una risotada, Fox se balanceó para subirse al aparejo con tal gracia que Haldon Lac quedó atónito unos instantes, pensando en lo afortunado que era de conocerla. Llegaría a teniente antes de que terminara el viaje, de eso estaba completamente seguro.

La miró subir hasta la cofa, y desde allí ella se asomó para brindarle su sonrisa de coyote salvaje y lo saludó con la mano.

—Es nuestro turno, señor —dijo Hobs, que apareció de pronto a su lado.

Lac se sobresaltó y se llevó las manos al pecho en un gesto dramático. Pero le alegraba la compañía. A decir verdad, y eso de admitir la verdad no siempre le agradaba, detestaba subir a la cofa. Odiaba la manera en que la cubierta parecía alejarse bajo sus pies y él tenía que parar para cerrar los ojos, y enganchar los brazos entre las cuerdas, como si pudiera caerse al instante siguiente.

De milagro, Lac llegó arriba, tembloroso, hasta la plataforma donde lo esperaban sus gaveros. Debía verse más asustado de lo que se sentía, porque Hobs le dio una palmadita en el hombro acompañada de una sonrisa amplia en su regordete rostro:

—No se preocupe, señor.

—¡No estoy preocupado! —protestó Lac. Demasiado fuerte.

Algunos de los gaveros rieron, y él tuvo el buen reflejo de sonrojarse.

—No es nada del otro mundo —dijo Hobs—. Todos estamos preocupados. Todos tenemos algo que temer.

Los gaveros estuvieron de acuerdo, y lo manifestaron mientras cargaban sus fusiles con munición.

—Muerte, captura, ahogamiento... —Hobs fue enumerando con los dedos.

—Fuego enemigo —agregó uno de los hombres.

—Metralla —dijo otro.

—Empalamiento.

—Una caída —se aventuró a decir Lac, mirando hacia abajo, a la cubierta que se mecía con las olas.

Hobs asintió con su cabeza casi esférica.

—Así se hace, señor.

Con un suspiro, Lac miró hacia el palo mayor, donde Fox estaba en la cofa con sus gavieros. Se preguntó si ella le temería a algo.

Hubo una pausa de calma.

Y luego la embarcación aliada se lanzó a su encuentro, ondeando banderas azul y oro en los penoles. Se vio un fogonazo brotar de uno de sus cañones.

—¡Atención, preparados! —gritó la capitana de la *Tragafuegos*.

Un disparo impactó la proa de la fragata y astilló el casco rojo. Un estruendoso rugido brotó entonces de las gargantas de la tripulación... un sonido del cual el guardiamarina Hal-don Lac sólo había oído hablar en las leyendas... un rugido lleno de furia y orgullo y sangre.

Los grandes cañones tronaron. Las balas volaron entre el humo. Los hombres gritaban. La *Tragafuegos* se mecía entre las olas y disparaba una descarga tras otra. En las cofas, los gavieros cogieron los falconetes, y enviaron sus perdigones de hierro a las filas enemigas. Agarraron sus fusiles y las bocas de los cañones hicieron resplandecer el aire. En medio del humo, los soldados de la Alianza se agazaparon ante el fuego de Lac y sus gavieros.

Durante más de una hora, continuó el combate: las descargas de artillería, los alaridos de los heridos, los dos barcos que navegaban en círculos, como tiburones en un enfrentamiento.

Y entonces, una serie de cañonazos brotaron del buque de la Alianza.

—¡Fuego enemigo! —gritó alguien.

La *Tragafuegos* se sacudió. Los maderos se resquebrajaron. El palo mayor tembló. Un gran crujido hendió el aire con la fractura del palo mayor. Gritos de terror recorrieron el barco al ver que la vela mayor se agitaba, carente de aire. El mástil estaba a punto de desplomarse.

—Allí está Fox —dijo Lac en un susurro lleno de horror. A su lado, Hobs asintió:

—Lo sé, señor.

Pero nada podían hacer desde el trinquete para socorrer a su amiga. Sin más remedio observaron a los hombres subir al aparejo. Las pilas de armas empezaron a volcarse.

Con lentitud, el largo poste de madera empezó a caer. Las velas temblaron en el aire.

Y luego ella apareció, entre el velamen flojo, corriendo por los penoles mientras el mástil se inclinaba hacia ellos.

—¡Fox! —gritó Lac. Corrió al borde de la cofa de trinquete y se agarró de las cuerdas del aparejo para inclinarse por encima del caos que había abajo.

Fox llegó al extremo del penol y saltó, moviendo brazos y piernas, y con una mano tendida.

La palma de esa mano fue a dar justo en la de Lac. Los dedos de ella se hundieron en la piel de éste. Lac cerró la mano y sostuvo a Fox, que quedó colgando. Abajo, diminutos Casacas Rojas gritaban y se movían en todas direcciones como hormigas.

Lac se las arregló para esbozar una sonrisa que esperaba parecer desenfadada.

—¿Qué te dije? —preguntó—. Héroes, nada más ni nada menos.

Fox sonrió.

Pero entonces hubo una explosión de sangre en el pecho de ella. Una mancha. El disparo de un fusil distante.

Y Fox pendió sin vida de su mano.

Al principio él no consiguió entenderlo. No comprendía por qué de pronto ella pesaba tanto, por qué no hacía un esfuerzo para levantarse hacia la cofa.

No fue sino hasta que Hobs le ayudó a levantar el cuerpo hacia la cofa que Lac se dio cuenta de que Fox estaba muerta.

No.

No se suponía que las cosas fueran así. Se suponía que él la depositaría sana y salva en la cofa del trinquete, que ella se pondría en pie, se masajearía el hombro resentido y sonreiría con esa sonrisa de coyote salvaje.

Hubo otra andanada de descargas desde la cubierta de artillería, y las explosiones los iluminaron desde abajo. Frente a ellos, el timón del barco aliado se rompió. En la popa, los vidrios estallaron en pedazos. El enemigo estaba acabado.

En otras circunstancias, los Casacas Rojas habrían lanzado vítores.

Pero no habían salido victoriosos.

Detrás del enemigo roto, se veían sobresalir las monstruosas formas de barcos de tres puentes que surgían de la noche... cascos azules, erizados de cañones, la borda delineada con lámparas que parecían cientos de ojos llameantes.

La Alianza. La fuerza conjunta de la armada de Everica de Stonegold y los piratas de Liccaro, de Serakeen.

Lac se desplomó de rodillas y acunó el cuerpo de Fox entre sus brazos. No se suponía que las cosas terminaran así. Se suponía que ella saldría ilesa, que un día llegaría a comandar su propia nave, algún día... pues había demostrado ser lo suficientemente veloz, valiente y lista... dirigiría su nave con Hobs y Lac como sus lugartenientes.

Se suponía que vivirían todavía muchos años, felices y juntos, y que contarían esta historia, su segunda aventura, una y otra vez, tantas veces que se convertiría en leyenda y dejaría de pertenecerles para pasar a ser el relato de las hazañas de héroes remotos.

Pero Fox estaba muerta.

Y la flota de la Alianza se cernía sobre ellos.

Abajo, la capitana de la *Tragafuegos* gritaba con voz desesperada y desafiante. La tripulación golpeaba la cubierta con los pies, con las culatas de sus fusiles y con los puños, mientras los descomunales buques de guerra de la Alianza despedían descargas de artillería cual dragones azules con aliento de fuego en la noche.

En la cofa del trinquete, el guardiamarina Lac apretó sus labios contra la sien de Fox.

—Se le echa tanto de menos —dijo alguien.

Parpadeando, Lac levantó la vista de su taza de té con bourbon, para encontrar a Horse, el carpintero de a bordo, que lo miraba con sus tristes ojos separados a través de la concurrida cabina principal, donde había logrado acomodar su ancha espalda entre la chica de cabello negro y el muchacho de la cicatriz que había visto en el muelle del Jabalí Negro, y que ahora conocía como Sefia y Archer.

Que se encontraran aquí y ahora, en el *Corriente de fe*, con

Lac y Hobs, era un giro del destino que Fox habría encontrado curioso y divertido a la vez.

Si Fox estuviera allí.

La lluvia seguía cayendo a torrentes afuera, mientras el cocinero y la camarera del barco se abrían paso entre el barullo de piernas y codos, para volver a llenar las tazas. Cooky era un hombre delgado, pura piel y músculo, de cabeza calva y una catarata de aros de plata bordeando la curva de sus orejas. Aly, la camarera, lo hacía ver diminuto a su lado, pero había algo en su actitud que invitaba a pasarla por alto con facilidad, aunque Lac no tenía ni idea de cómo alguien podría ignorar su bellissimo cabello rubio tejido en dos largas trenzas que le caían por la espalda. Ambos parecían haber encontrado el ritmo perfecto para trabajar, turnándose para una cosa o la otra, entretejiendo sus pasos sin tropezar en el atiborrado espacio.

A Lac le recordó el trabajo con Fox.

—Y entonces, ¿qué sucedió? —preguntó Meeks. Lac lo reconoció también, del muelle del Jabalí Negro y de las leyendas. El segundo oficial era un famoso narrador de historias, una de esas personas que te podían mantener en vilo durante horas sólo con su relato. Y pensar que semejante hombre estaba atento a lo que contaba el humilde e insignificante guardiamarina Haldon Lac...

Fox le habría dicho que no debía permitir que semejante cosa se le subiera a la cabeza.

Tragó saliva con dificultad unas cuantas veces antes de poder hablar de nuevo.

—El trinquete se desplomó tan pronto como la Alianza empezó a dispararnos. La mitad de mis hombres cayeron de inmediato y yo... yo no... el peso era demasiado y... —su mi-

rada encontró la de Hobs, cuyos ojos brillaban tenuemente a la luz de las lámparas— solté el cuerpo de Fox, y cayó al mar.

—Ambos la perdimos —dijo Hobs.

Engullendo lo que quedaba de su té, Lac describió la manera en que la *Tragafuegos* había repelido el ataque mientras había podido, pero que al final no había tenido más opción que izar la bandera blanca.

La rendición había sido dolorosa. Desde el punto de vista de Lac, los de Oxscini jamás se rendían. Era una desgracia para su reino, para su reina, para la larga línea de los Casacas Rojas que lo antecedió. Pero la Alianza no había hecho caso de las reglas de batalla y continuó disparando contra la *Tragafuegos*.

—Incluso bajo fuego —siguió Lac, limpiando las lágrimas de rabia que brotaban de sus ojos—, la capitana mantuvo la cabeza fría. Nos dio a Hobs y a mí el mando de los botes y nos ordenó abandonar la nave. No debimos haber... no debimos huir, pero era una orden, ¿cierto? Estamos condenados a seguir órdenes, ¿no es así? Embarcamos a los heridos y nos marchamos. Con la *Tragafuegos* cubriéndonos de la vista de la Alianza, escapamos mientras nuestro barco seguía recibiendo descarga tras descarga.

—Y entonces hubo una explosión tan deslumbrante que fue como si las aguas mismas se incendiaran. La *Tragafuegos* ardió como yesca. La capitana cogió una lámpara y la llevó al polvorín, donde detonó lo que quedaba de nuestras provisiones de pólvora. Más valía destruir la fragata que permitir que cayera en manos de esos bandidos. La capitana no era una cobarde.

Y su sacrificio había rendido fruto. Los botes habían logrado escapar y habían estado intentando encontrar el ca-

mino de regreso hacia la flota de la Armada Real desde ese momento.

—Pero yo no tenía la menor idea de dónde nos encontrábamos —confesó Haldon Lac.

—Es que tiene pésimo sentido de la orientación —explicó Hobs—. No es uno de sus fuertes.

Lac se mordió el labio. Fox tenía un sentido de la orientación infalible.

—Estamos a cuatro días de Jahara —dijo el capitán Reed desde el lugar donde se había sentado, contra las ventanas de atrás, para escuchar con atención—. Tenéis suerte de que vayamos en esa dirección ahora.

Jahara era una isla más o menos neutral cerca de la costa meridional de Deliene, el reino vecino de Oxscini, hacia el norte. Si Lac conseguía llegar a la embajada de su reino, los Casacas Rojas recibirían ropa y alimento, y los enviarían con la Armada Real, donde se les asignarían nuevos puestos o, quizás, ascensos.

Bueno, no a todos.

Lac sentía los ojos tan inundados de lágrimas que le ardían. Debía estar haciendo un gesto extremadamente desagradable, porque el capitán se enderezó.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Que... le dije a Fox que seríamos héroes...

—¿Y te parece que lo que ella hizo no fue heroico? —el capitán rio, pero no había en su carcajada ningún dejo de burla—. Eh, Meeks, dime si ese salto no fue una hazaña digna de héroes.

El rostro del segundo oficial se abrió en una sonrisa llena de dientes rotos.

—Claro, capitán. De cosas como ésa se componen las leyendas.

—Pero murió —a Lac se le rompió la voz, cosa que lo avergonzó.

—Así es, muchacho —con una gracia envidiable, el capitán se abrió camino por la atiborrada cabina y, con todo y su pesadumbre, el guardiamarina Haldon Lac no pudo evitar notar lo extremadamente guapo que era, y lo cómodo que se notaba en su cuerpo. Rellenó la taza de Lac con el contenido de un botellón de cristal—. Todos los días muere algún héroe.

Lac se encontró mirando fijamente los tatuajes de Reed... calaveras, serpientes marinas, un hombre con una pistola negra, y un *maelstrom* girando vertiginosamente en el pliegue interno del codo, de la vez que arrebató el Gong del Trueno a su archirrival, el capitán Dimarion.

—Lo más importante —continuó el capitán Reed— es que tú sobreviviste.

—¿Por qué?

El capitán se sirvió un poco de licor y entrechocó su vaso con el de Lac.

—Porque son los supervivientes los que deciden quiénes son héroes. Y quiénes villanos.

Ya entrada la noche, desplegaron un mapa sobre la mesa del comedor, y Reed y los demás se agruparon alrededor. Hacia el este estaba Oxscini, el amado reino boscoso de Lac, con sus pequeñas islas hacia el sur. Esas islas eran la razón por la cual nadie jamás había logrado conquistar Oxscini. Nadie había alcanzado la destreza náutica necesaria para llegar al corazón del Reino del Bosque.

Hacia el oeste estaban Everica y Liccaro, los dos reinos que formaban la Alianza.

Y entre esas dos mitades del mapa, más cerca de Oxscini

de lo que Lac quería pensar, Hobs señaló un punto en el Mar Central.

—Aquí fue donde nos enfrentamos a la flota de la Alianza, señor.

La Alianza se estaba aventurando a navegar hacia el este, extendiéndose por toda Kelanna como una mancha.

—Eso es lo que busca la Guardia —afirmó Sefia—. Primero Everica, después Liccaro y Deliene, y Oxscini y Roku al final. Si todo sigue conforme a sus planes, no pasará mucho tiempo antes de que conquisten los cinco reinos.

—Pero ¿por qué? —preguntó Lac.

—Para lograr la estabilidad y la paz —su voz irradiaba desprecio—. Creen que al tener a Kelanna bajo su control, la convertirán en un mundo mejor.

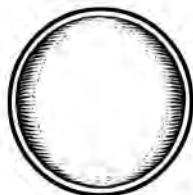
—Lograr la paz gracias a la guerra —dijo Hobs—. Si pedís mi opinión, diría que es una curiosa manera de actuar.

—Oxscini opondrá resistencia, pero Roku... —Reed señaló el más pequeño de los reinos, un grupo de islas que, al igual que buena parte de Kelanna, había formado parte alguna vez de los extensos y dispersos dominios de Oxscini— no representará mayor desafío.

—¿Qué es la Guardia? —preguntó Lac.

Sefia lo miró con recelo. En ese momento, ella le hizo pensar en Fox, que lo miraba justamente de la misma manera al principio de su amistad. Pero fue Archer, el muchacho con la quemadura alrededor de la garganta, quien respondió. Sus ojos dorados relampaguearon a la luz de la lámpara como los de un gato.

—Son los malos de verdad.



Cerca del corazón

El *Corriente de fe* atracó en Jahara bien pasada la medianoche, cuando incluso las tabernas más sórdidas y los garitos de apuestas del puerto central estaban cerrando, pero Archer y Sefia permanecieron despiertos en la cabina principal, planeando sus siguientes movimientos con el capitán Reed.

—Por la mañana os llevaré al puesto de los mensajeros para recuperar el Libro —dijo Reed, caminando a zancadas a lo largo de las vitrinas que cubrían las paredes—. El primer oficial se encargará de reabastecer el barco, y Meeks buscará un guía para los Casacas Rojas.

Archer se sintió un poco decepcionado. En los últimos cuatro días había trabado cierta amistad con los soldados de la Armada Real de Oxscini, en especial con Lac y Hobs, y esperaba acompañarlos hasta la embajada de su reino.

Pero su prioridad era el Libro. Y también Frey y Aljan y sus Sangradores que, al igual que él, una vez habían sido raptados y entrenados para matar por la Guardia. Él era quien los había rescatado, quien les había dado un propósito en la vida. Todos se habían unido en su misión de manera tan brillante, tan bellamente mortal, para dar caza a los inscriptores en Deliene. Después, los había abandonado al llegar a Epigloss,

y sólo había regresado con la promesa de más venganza y derramamiento de sangre, para conseguir que Frey y Aljan cayeran prisioneros de Serakeen.

Era necesario corregir sus errores para compensarlos, protegerlos, tal como debía haber hecho desde el principio.

—¿Y luego se irá? —preguntó Sefia, interrumpiendo sus pensamientos.

El capitán Reed tamborileó en un ritmo de octavos sobre una vitrina vacía.

—Así es.

El *Corriente de fe* y el *Crux* cargarían provisiones para luego partir en busca del Tesoro del Rey, el mayor botín en la historia de Kelanna. Siglos atrás, el rey Fieldspar de Liccaro había confiscado todas las riquezas de su pueblo y las había ocultado en las cavernas que había bajo su reino. Los cazadores de tesoros habían transmitido relatos de generación en generación, que hablaban de los laberínticos túneles, las pirámides construidas con lingotes de oro y plata, las cámaras desbordantes de gemas. El contenido de una sola de las cuevas bastaría para saciar la ambición más desbocada.

Sin embargo, Archer sabía que la avidez profunda que asomaba en los ojos azules de Reed tenía como blanco uno y sólo uno de los objetos en ese tesoro: el Amuleto de la Resurrección, ese talismán mágico que permitía engañar a la muerte. Había estado perdido durante generaciones, enterrado en algún recoveco de las cavernas. Pero si lo encontraba, le daría la inmortalidad que había deseado durante años.

Cuando uno anhela algo de semejante manera, durante tanto tiempo, no permitirá que nada lo detenga, ni siquiera una guerra.

—Ojalá pudierais venir con nosotros —dijo el capitán, sacando una tira de papel de su bolsillo—, en caso de que necesitáramos que nos leyeseis algo.

Al igual que el resto de la tripulación, Archer había memorizado el contenido del papel, que era una copia del poema inscrito en la campana del barco del rey Fieldspar. Suponían que había sido miembro de la Guardia, pues era la única manera en que podía haber escrito esa única clave que tenían sobre el paradero del tesoro.

*Los valientes y audaces encontrarán el oro de Liccaro
donde los sementales se arrojan sobre el oleaje.
Donde el áspid acecha, el corazón baja la guardia,
y el agua será la que muestre el futuro viaje.*

Reed pensaba que ese acertijo los llevaría a cuatro diferentes puntos —comenzando por el lugar llamado Corcel, un promontorio de roca en la forma de dos caballos salvajes en el lado más apartado de Liccaro— que les revelarían la ubicación del Tesoro del Rey.

Pero Archer y Sefia no estarían allí para verlo.

—Les he estado enseñando a leer a Meeks y a Theo —comentó ella.

Reed resopló.

—Meeks y Theo podrán ser listos, pero nada comparado contigo.

Ella se encogió de hombros.

—No puedo dejar a Archer, capitán.

Por debajo de la mesa, Archer encontró la mano de ella. Sefia entrelazó sus dedos con los suyos.

—Y yo no puedo abandonar a los Sangradores —dijo él.

Sus Sangradores. *Su* responsabilidad.

—Lo sé, muchacho —suspiró Reed—. Son tu tripulación.

Una vez que Archer y Sefia tuvieran el Libro, ella los Teletransportaría adonde estaban los Sangradores, en Epigloss, la ciudad hermana de Epidram, en el noroeste de Oxscini, y allí rescatarían a Frey y Aljan. Después, se embarcarían en el *Hermano*, la nave de los Sangradores, para viajar a Haven, lugar en el cual aguardarían el regreso del *Corriente de fe* y el *Crux* que, mientras tanto, seguirían con su búsqueda del tesoro.

Ese refugio de forajidos se encontraba bajo el control de las dos únicas personas que cualquier ladrón o bandido respetaría: Adeline, la Ama y Señora de la Misericordia, quien le había regalado a Reed el revolver de plata y marfil de igual nombre, e Isabella, la armera que lo había fabricado. Las dos eran leyendas vivientes.

—Haven se encuentra aquí —Reed señaló en el mapa de Kelanna, aún desplegado en la mesa, un punto en el Mar Central, rodeado por las Cinco Islas.

Las Cinco Islas que supuestamente Archer conquistaría.

Justo antes de morir.

No, pensó él. Llevaría a los Sangradores a Haven, y allí nadarían y cultivarían la tierra a la sombra del viejo volcán de la isla. Escucharía todas las historias de Sefia y la besaría cada mañana, y le construiría una casa en los árboles. Dejarían que la guerra pasara de largo a su lado, como un pilar en el agua. Y todos, todos ellos, seguirían vivos.

Se oyó un golpe repentino en la puerta. Archer, sobresaltado, se puso en pie con un gesto de dolor por el abrupto movimiento. No se había desgarrado los puntos en varios días, pero una punzada ocasional le recordaba que, por el

momento, ese hilo de sutura era lo único que lo mantenía de una pieza.

Tocó con cuidado su vendaje, mientras Dimarion, capitán del *Crux*, entraba en la cabina principal. Era como un rey, pensó Archer. Un tirano que creía que cualquier cosa en la que posaba la mirada le pertenecía, por el simple hecho de haber puesto sus ojos en ella.

Dimarion se dirigió con su bastón de mango incrustado de rubíes al capitán Reed, que detuvo enseguida su ir y venir.

—Me hago cargo de reabastecer tu barco con las mejores provisiones que puedan conseguirse en Jahara y, amablemente, pago parte de todo eso, ¿para que ni siquiera os molestéis en avisarme que atracasteis?

Reed se inclinó sobre el borde de la mesa, con una sonrisa traviesa:

—No quería perturbar tu sueño reparador.

Dimarion soltó una carcajada.

—Mi querido capitán, los malvados nunca dormimos —luego, al ver a Archer junto a la mesa, cruzó la cabina en tres rápidas zancadas.

Para ser un hombre de su tamaño que se apoyaba en un bastón, tenía un paso bastante ligero. No era de sorprender que ninguno lo hubiera oído acercarse. Archer adelantó una pierna por encima del banco para saludarlo.

—Sefia —el capitán pirata le hizo una breve reverencia.

Archer había estado tan gravemente malherido cuando él y Sefia se Teletransportaron al *Corriente de fe*, que no se le había permitido ninguna visita. Pero Dimarion había exigido una audiencia con Sefia en el *Crux*. Ella había permanecido horas allí, contándole su historia, desde la traición de sus padres a la Guardia hasta el momento en que Archer había

formado su banda de Sangradores, y además la manera en que había aprendido la magia del Libro.

—Capitán —lo saludó ella con frialdad, y sin responder a la reverencia.

Entonces, el pirata se volvió hacia Archer. Lo observó de la misma manera en que un joyero examinaría un diamante. Su mirada se detuvo en la cicatriz irregular que rodeaba el cuello de Archer, la que le habían producido los inscriptores, la misma que tenía cada uno de los Sangradores, la que se les daba a todos los candidatos de la Guardia... ésa que lo convertía en el muchacho del que hablaban las leyendas.

El chico con el ejército incontenible.

—Hace tiempo que quería echarte un vistazo —dijo Dimarion—, pero el capitán Reed insistió en tenerte encerrado, como uno más de sus trofeos.

Archer pudo sentir que Sefia se crispaba a su lado. ¿Estaba utilizando su Visión en Dimarion? No lo sorprendería que ella lo lanzara al otro lado de la cabina si le parecía una amenaza.

O si la fastidiaba.

—¿Y ahora que ya tuvo su vistazo? —preguntó Archer.

El capitán Dimarion resopló.

—No me parece que tengas pinta de asesino nato.

Asesino nato. Eso decían los inscriptores de él. Pero no había nacido así: ellos lo habían llevado hasta ese punto, lo habían moldeado hasta que había dejado de ser el guardia de faro para convertirse en Archer, cabecilla de los Sangradores, legendarios por lo que les habían hecho a los inscriptores en Deliene, cuyas hazañas de eficiencia en combate y crueldad se difundían con rapidez a otros reinos.

Y él lo había decidido así. Tal vez no al principio, pero sí, al fin y al cabo, él había buscado las peleas, había anhelado la muerte, se había transformado en lo que era ahora.

Estoy atrapado, pensó. Atrapado por el destino. A menos que Sefia y él lograran eludirlo.

Dimarion seguía observándolo, como a la espera de que la sed de sangre lo invadiera, como una especie de niebla rojiza.

Archer ya sabía cómo podía incapacitar al pirata. La fuerza bruta del capitán Dimarion, junto con su bastón, eran algo a tener en cuenta, pero Archer era más veloz, incluso con el vendaje en el costado, y en su mente ya había imaginado formas de golpear las débiles articulaciones del otro, esas viejas heridas que sería sencillo volver a lastimar. Pero la violencia no era un truco que exhibiera para complacer a un público curioso.

Para Archer, la violencia era algo horrible que le producía vergüenza.

Y, al mismo tiempo, era algo precioso, para llevar cerca del corazón.

En vista de que Archer no respondía, Dimarion se volvió hacia Reed.

—Podrías ofrecerme una bebida, ¿sabes? Pero imagino que semejante muestra de hospitalidad es demasiado para ti —tomó el botellón de cristal de una mesita lateral, y se sirvió tres dedos de licor antes de sentarse en uno de los sillones, que hizo ver como un trono enjoyado en lugar del deslucido terciopelo de siempre—. Tengo información.

Hizo una pausa. Parecía esperar a que aplaudieran o le dedicaran una reverencia.

Archer se sentó.

Sefia bostezó.

Con un suspiro de resignación, el capitán pirata tomó un pequeño sorbo de su bebida y se relamió los labios antes de declarar que el Rey Solitario, Eduoar Corabelli II, había muerto.

—Envenenado —explicó—. Se suicidó, al igual que su padre, en la misma sala que él.

Deliene, el Reino del Norte al cual Jahara en los últimos tiempos se había sometido, se encontraba ahora sin gobernante, por primera vez en muchas generaciones. De manera conveniente, los nobles de las cuatro provincias del reino ya habían acordado quién sería el regente que lo reemplazaría.

—Arcadimon Detano —dijo Dimarion—. Consejero y amigo del difunto rey, por lo visto.

—¿Y nadie se opuso? —preguntó Sefia.

—La decisión fue unánime —el pirata golpeteó su copa con un meñique enjoyado—. ¿Te sorprende?

—A mí me sorprende —interrumpió Reed—. Gorman debió luchar por la corona.

Gorman era la región septentrional de los territorios de Deliene. Kaito, el segundo al mando de Archer, su hermano de armas, era de allí.

Kaito. Archer cerró los ojos. A veces aparecía en sus sueños: unas veces estaba trazando planes de batalla en el suelo. O lanzándose a un torrente helado, en medio de gritos de júbilo. También aparecía ensangrentado y agresivo. O muerto en el suelo, con la bala de Archer alojada en el espacio entre sus ojos. En ocasiones conversaban. Unas veces, Kaito lo perdonaba, otras no. Y Kaito le decía que estaba roto por dentro, que jamás volvería a ser de una sola pieza, no importaba cuántas vidas consiguiera salvar.

O cuántas acabara.

Sefia apretó su mano con firmeza, para confirmarle que estaba allí, con él.

Archer abrió los ojos de nuevo, con la vista empañada por las lágrimas.

Kaito Kemura, hijo de una líder de Gorman, era la persona más belicosa que Archer hubiera conocido. Si la gente de su región era como él, se habría separado de Deliene antes que doblar la cerviz ante un regente indigno.

—Supongo que todo es obra de esa guardia de la cual me contaste —dijo Dimarion a Sefia.

Ella asintió.

La Guardia. Ese nombre hacía que a Archer le ardieran los puños. La Guardia era la responsable de su rapto, de la manera en que lo habían desfigurado, de ponerlo en la ruta que lo llevaría a sellar su destino. De haber podido, los habría eliminado a todos, con gusto.

Pero combatir a la Guardia implicaba luchar contra la Alianza, y pelear contra ésta requería unirse a la guerra. Y marchan a su muerte.

—¿Y Arcadimon Detano es uno de ellos? —preguntó Reed.

—Sabía que tenían un agente en Deliene —agregó Sefia, con voz más baja de lo normal—, pero nunca oí que pronunciaran su nombre.

Archer se restregó los ojos.

—De manera que ahora controlan tres reinos.

—Sí —susurró ella.

Eso reducía el número de los reinos que quedaban por someter a la Guardia a sólo dos, y planeaban conquistarlos en un conflicto que los padres de Sefia habían denominado la Guerra Roja.

La guerra que se suponía que Archer ganaría. La que antecedió a su muerte.

Haven, se recordó a sí mismo. Él planeaba estar en Haven. Con Sefia y los Sangradores.

—Muy bien. —Dimarion terminó su copa y se levantó. De pronto pareció que la cabina a su alrededor se hubiera encogido—. No os sorprenderá saber que Arcadimon Detano hará un anuncio mañana. Aquí, en Jahara, a mediodía.

—¿A mediodía? —Reed murmuró una maldición.

El capitán pirata le sonrió con complicidad.

—Lo habríais sabido antes si hubierais venido a verme en cuanto pisasteis tierra.

—Se unirá a la Alianza —dijo Archer. Eso es lo que él haría si... no, no podía estar pensando de esa manera. Podía haber sido un asesino. Podía convertirse en una leyenda antes de cumplir los diecinueve, pero no era un comandante, ni un conquistador. Y no tenía el menor deseo de morir.

—Por supuesto —descruzando los brazos, Reed se volvió hacia Dimarion—. ¿Consideras que podremos cargar los barcos y zarpar antes del anuncio?

El capitán pirata se encogió de hombros.

—Si no lo intentamos, jamás saldremos de aquí.

Se fueron a dormir poco después y, tras unas breves horas de sueños inquietos, Archer y Sefia se reunieron con el resto en la cubierta del *Corriente de fe*. Aún no amanecía. El sol estaba justo por debajo del horizonte. A esa hora temprana, esa sección del puerto central estaba desierta; los barcos que servían como vivienda y los que navegaban de un lado a otro permanecían en silencio, salvo por los crujidos de sus maderos.

La docena de Casacas Rojas que habían rescatado se encontraban nerviosos embutiendo sus uniformes en costales. Con la certeza de lo que diría el anuncio del regente, no querían llamar la atención más de la cuenta.

Flotaba entre ellos una energía tensa que a Archer le recordó a los Sangradores a la espera de la batalla.

Pero si todo marchaba según los planes, nunca volvería a llevar a nadie a ninguna batalla.

—¿Cómo es posible que usted no necesite un guía? —preguntó Haldon Lac enderezándose los puños de la camisa.

—Estamos con el capitán Reed, que no necesita guías —Archer intercambió una mirada de complicidad con Sefia. Meeks les había dicho lo mismo la primera vez que habían estado en Jahara, hasta lograr meterse en la lucha de la Jaula como si hubieran podido acabar con los inscriptores sólo pidiéndoles que se detuvieran.

—Cuentan que puede saber adónde debe ir tan sólo por el ruido del agua contra los pilotes de los muelles —agregó Sefia.

La perfecta boca de Lac se abrió en una mueca de asombro.

—¡No puede ser!

Ella puso los ojos en blanco.

Archer le dio un golpecito en el hombro al guardiamarina. Haldon Lac tenía la perspicacia de un pedrusco, cosa que irritaba a Sefia, pero la estupidez del muchacho enternecía a Archer.

—Pero ¿y cómo es que el agua sabe adónde quiere ir el capitán? —preguntó Hobs. Era un personaje curioso, que siempre hacía preguntas graciosas, pero absurdamente lógicas sobre por qué las aves nunca se desorientaban en el mar y si el primer oficial era capaz de oír hasta las astillas que com-

ponían el *Corriente de fe*, o si el trozo de madera debía tener un tamaño mayor para poder comunicarse con él.

A Archer también le agradaba Hobs.

—Quizá se comunica mentalmente con las aguas —declaró Lac—. He oído hablar de cosas semejantes.

—¿Has oído hablar de ellas en tu mente? —preguntó Sefia.

El chico se vio desconcertado. Archer se sintió un poco mal al verlo, pero a veces sus comentarios eran una clara invitación a la burla.

—En realidad —comenzó Reed, que apareció detrás de ellos, con su abrigo y su sombrero de ala ancha—, lo que hago es silbarles.

—¡Capitán! —con una pequeña venia, Haldon Lac trató de ofrecer unas palabras de despedida, pero Reed lo guio rápidamente por la pasarela, y los demás Casacas Rojas lo siguieron, riendo por lo bajo. En el muelle, el guía de Meeks los miró de arriba abajo y suspiró.

—Hasta nunca —murmuró Sefia.

—Me gustaban.

—Eres mejor persona que yo.

—Eres mejor de lo que reconoces —Archer la cogió de la mano y se internaron en Jahara, con sus pasos resonando sobre las pasarelas flotantes de madera.

Pronto recuperarían el Libro. Luego se Teletransportarían hasta donde se encontraban los Sangradores para rescatar a Frey y Aljan. Y una vez que estuvieran todos juntos de nuevo, viajarían a Haven. Y él sería libre.



Sefia y Archer siguieron al capitán Reed que los guiaba sin equivocarse de camino entre los muelles y embarcaderos ruinosos, junto a boyas de vidrio atadas con cordeles, y viejas embarcaciones medio hundidas, con la cubierta sumergida y tan sólo los mástiles asomando por encima de las olas, hasta llegar a un inmenso almacén con la insignia de las alas negras del gremio de los mensajeros sobre la entrada.

Sefia había estado allí antes, y esa vez también se había sentido intimidada por el frenesí que se respiraba en tan enorme lugar. El interior estaba atiborrado de mensajeros apurados cada uno en su tarea, de vigilantes del gremio con alas de bronce bordadas en su ropa y de clientes nerviosos susurrando rumores mientras daban vueltas como pollos en un gallinero abarrotado.

Las especulaciones alrededor del anuncio del regente estaban en boca de todos en el momento en que Sefia, Archer y Reed tomaron su lugar al final de la fila.

Se habían divisado barcos de guerra hacia el sureste. De liene se uniría a la Alianza. Se convertiría en una guerra de tres reinos contra Oxscini. Contra los Casacas Rojas.

La guerra contra los rojos, la llamaban.

La Guerra Roja.

La jugada final que la Guardia había planeado a través de generaciones, y que cambiaría el mundo.

—El siguiente —gritó alguien, y se acercaron al mostrador, donde la mensajera con la cual Sefia había dejado el Libro se encontraba sentada ante una ventanilla con barrotes.

—¿Nombre? —preguntó la mujer mecánicamente.

—Cannek Reed —respondió el capitán.

Con un movimiento de cabeza, la mensajera miró al techo, rebuscando en su increíble memoria. Mensajes y paquetes se

entregaban a través de un sencillo sistema de preguntas y respuestas. Si uno podía responder la pregunta, podría recibir cualquier cosa que otra persona hubiera dejado.

Después de un momento, la mujer miró de nuevo al frente y preguntó:

—Tras el *maelstrom*, ¿por qué no decidió quedarse en tierra, si había sabido que moriría en el mar?

La pistola negra. El diente de león blanco. La explosión del barco.

Reed miró a Sefia. Una sonrisa irónica cruzó sus labios.

—Tenía la posibilidad de decidir entre controlar mi futuro o que éste me controlara a mí.

Eran las mismas palabras que él había pronunciado cuando ella se había enterado de la verdad con respecto al Libro: que era un registro de todo lo que había sido y todo lo que algún día llegaría a ser.

De alguna manera, las palabras habían adquirido un nuevo significado ahora que ella sabía que tenía que cambiar el destino.

La mensajera asintió, satisfecha con la respuesta de Reed, y se retiró a una de las salas traseras en las que se almacenaban los paquetes.

—¿Aún lo cree, capitán? —preguntó Sefia.

—Más me vale —rio—. Volveré al mar cuando terminemos aquí, ¿cierto?

En cuestión de minutos, la mensajera había regresado con un paquete rectangular, envuelto en papel y atado con un cordel.

Sefia lo recibió, tras deslizar una moneda a través del mostrador, y apretó el Libro contra su pecho. Lo sintió tan familiar, como una parte de sí que se hubiera perdido durante

todo ese tiempo y que ahora le permitía ser ella en toda su extensión.

Pero al meter el Libro en su mochila, captó una silueta que le resultó conocida en el almacén.

El muchacho tenía más o menos la edad de Archer, con rizos sueltos y grandes ojos que parecían casi como de búho tras sus grandes gafas... Tolem, el aprendiz de Administrador. Lo había visto sólo una vez durante su temporada con la Guardia, pero no había olvidado la manera en que las gafas parecían resbalarle continuamente por su nariz, y el gesto constante que él hacía para ponerlas en su lugar.

Y tampoco había olvidado a su Maestro, quien caminaba junto al chico con una gracia sobrehumana. El hombre era delgado como un riel, con facciones inquietantemente simétricas, a excepción de una cicatriz lechosa en medio del ojo derecho. Con sus ropas de confección perfecta y un alfiler en la corbata, se veía tan irreal como un cuadro en medio de los desaliñados mensajeros y los clientes preocupados.

—Dotan —murmuró. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Acaso la Guardia había descubierto dónde estaba oculto el Libro?

A casi nada le temía, pero ver al Maestro Administrador hizo que sintiera un escalofrío. Este hombre, el encargado de los venenos, la tortura y los calabozos de la Guardia, la odiaba. La odiaba con tal intensidad que mientras estuvo en la Sede Principal, había podido sentir su mirada posada en ella, su maldad tan fuerte como un hedor. Y ahora la miraba de frente.

—¿Alguien de la Guardia? —preguntó el capitán Reed, entrecerrando los ojos. Movié los faldones de su abrigo, desenfundó su revólver azul de cañón largo, el nuevo, Cantor, en homenaje a Jules, su antigua líder de cantos, y disparó.

La gente gritó. Junto a Dotan, Tolem se agazapó.

El Maestro Administrador, en cambio, se limitó a levantar la mano, detuvo la bala en medio de su trayectoria y la hizo caer al suelo.

Reed soltó una maldición. Todavía no se había enfrentado con nadie de la Guardia y no sabía de qué eran capaces sus miembros.

Dotan levantó uno de sus delgados dedos y, con una voz más penetrante que cualquiera que Sefia hubiera oído antes, gritó:

—¡Vigilantes, proteged vuestro gremio!

¿Vigilantes? Sefia parpadeó en medio del asombro. Sólo alguien del gremio podía dar órdenes a sus vigilantes. A menos que... la Guardia controlara el gremio... ¿Y sería así sólo en Deliene? ¿O en toda Kelanna?

Mientras lo pensaba, vigilantes de gran tamaño, con alas de bronce bordadas en la ropa, se metieron a empujones entre la multitud que se iba dispersando. Archer se enfrentó a una de ellas, la desarmó y la dejó tendida de espaldas en el suelo, para luego arrebatarle su cachiporra y dejar a otro vigilante sin sentido con un par de golpes rápidos.

Pero no fue tan veloz para esquivar el ademán de Dotan en el aire. La magia lo atrapó por los tobillos y lo derribó al suelo.

Eso hizo reaccionar a Sefia. Ver a Archer en peligro la obligó a hacerse cargo de la situación.

—¡Corre! —gritó, ayudándolo a levantarse. Parpadeó para atraer su magia y apartó a un vigilante tras otro mientras corría hacia la salida junto con Archer.

Se arriesgó a mirar atrás y vio que el Maestro Administrador cruzaba el almacén como si fuera flotando sobre una nube, y Tolem trotaba a su lado.

Y el capitán Reed se encontraba frente a ellos, disparando a Cantor una y otra vez, vaciando las cámaras del revólver mientras Dotan desviaba cada uno de los proyectiles.

—¿Qué está haciendo, capitán? —Sefia palmoteó en el aire para enviar una explosión de magia a los Administradores.

Dotan empujó a su aprendiz a un lado, para ponerlo fuera de alcance, y recibió todo el impacto de la magia de Sefia. Los Administradores no se caracterizaban por su habilidad en combate. Salió despedido hacia atrás, contra una pared, y allí cayó gimiendo.

Al lado de Sefia, Archer se había apoderado de otra cachiporra y estaba luchando contra vigilantes que duplicaban su estatura. Su costado herido se veía oscuro por la hemorragia... debía haberse rasgado los puntos en la refriega, pero parecía no sentirlo mientras giraba, esquivaba golpes y atacaba, con una luz salvaje brillando en sus ojos.

Mientras Reed cargaba nuevas balas en el tambor de su revólver, Sefia lo agarró por el brazo.

—¡Vámonos! Quizá pueda reconocerlo por las leyendas y entonces sabrá que el *Corriente de fe* está atracado en Jahara.

Si la Guardia controlaba a los mensajeros, entonces tenía mucho más poder en Jahara de lo que ella había pensado. Dotan podría bloquear la salida del *Corriente de fe*. Peor aún, si llegaba a saber dónde estaba atracado, podría hundirlo.

Al oírla, el capitán entró en acción. Se dio la vuelta en busca de la salida, golpeó a un vigilante en plena cara con Cantor y, al mismo tiempo, Sefia empujó a otro.

Algo la impactó por la espalda y la hizo caer al suelo de frente. Su boca se llenó de regusto a sangre porque los dientes le abrieron un labio.

Miró sobre su hombro para ver a Tolem con las manos en alto. Sobre su aterrado rostro, vio que tenía las gafas torcidas.

Tras él, Dotan estaba nuevamente en pie. Un pequeño frasco de vidrio relumbraba en su mano.

Maestro en venenos.

Sefia no tenía idea de los efectos del contenido del frasco, pero sabía que no podría tratarse de nada bueno.

Se puso en pie con dificultad y agarró a Archer por la cintura. Sintió su camisa húmeda y caliente por la sangre de la hemorragia.

—¡Capitán, aférrese a mí! —gritó.

El frasco estaba dejando los dedos de Dotan. Lo vio flotar a través del almacén, empujado por la fuerza de la magia del Administrador. En su interior, un líquido negro y espeso pugnaba por salir, como si quisiera romper el cristal.

Y entonces Sefia sintió el brazo de Reed que la rodeaba, y desplegó sus manos.

El Mundo Iluminado pasó veloz ante ella... la red de muelles flotantes y botes que formaban el puerto central, las siluetas de mástiles y velas, todo delineado en brillante dorado... hasta que encontró el único lugar en Kelanna al que podía escapar una y otra vez... y en ese momento Archer, Reed y ella desaparecieron, se esfumaron del puesto de los mensajeros, para reaparecer apenas un segundo después en la cubierta del *Corriente de fe*.